

ANTONIO REQUENI: PRESENTACIÓN Y SELECCIÓN POÉTICA

A partir de este número de *Gramma*, Antonio Requeni integra –junto con Ana Benda, Rodolfo Modern, Eduardo Sinnot y Alicia Sisca– el Consejo de Redacción de la revista.

Nacido en Buenos Aires en 1930, Requeni vivió parte de su infancia en Valencia, España, y estudió después en Buenos Aires.

Esencialmente poeta, Requeni es también periodista cultural (trabajó en la redacción del diario *La Prensa* durante más de tres décadas y es actualmente colaborador de *La Nación*), historiador de la bohemia porteña (en 1986 dio a conocer su *Cronicón de las peñas de Buenos Aires*) y miembro de la Academia Argentina de Letras.

Entre sus libros de poesía se cuentan los siguientes volúmenes: *La soledad y el canto* (1956), *Manifestación de bienes* (1965), premiado por el Fondo Nacional de las Artes, y *Línea de sombra* (1986), Primer Premio Municipal.

Numerosas veces reconocido –Faja de Honor de la SADE, Gran Premio de Honor de la Fundación Argentina para la Poesía y Premio Konex, entre otros– Antonio Requeni se presenta a los lectores de *Gramma* con poesía.

ESE HOMBRE QUE ESCRIBE

¿Escribir o vivir? Acaso viva
mucho más ese hombre que ahora escribe
solo en su cuarto, con furor, insomne,
unos cuantos renglones azarosos.

La hoja en blanco lo invita a la aventura,
le hacen señas de fuego las palabras
que ordena y copia, corrigiendo un bosque,
tachando una ciudad, adjetivando
con un nuevo fulgor lo que antes era
torpe y vulgar, oscuro, indiferente.

Del otro lado, por la vida –dicen–,
transcurre el tiempo, el ruido, la rutina.

Allí, entre las paredes de su cuarto;
allí, entre las paredes de su cuerpo,
él elige escribir, asume el riesgo
de perecer o descubrir la cifra
de su destino oculto en las palabras.

Porque sólo por ellas ese hombre
que escribe está viviendo y tal vez viva
más allá de su muerte.

PIEDRA LIBRE

El padre juega con sus criaturas.
La cara vuelta contra la pared
y el brazo levantado hasta los ojos,
está contando como si llorara.
Y mientras cuenta sus criaturas crecen,
van por el mundo, suben escaleras,
se enamoran o estudian geografía.
Cuando termina de contar, el padre
entra en los cuartos y revisa muebles.
Apenas ve. ¿Quién apagó las luces?
Su voz, que ha enronquecido, los invita
a dejar de una vez sus escondites.
Y los hijos regresan, jubilosos.
¡Cómo han crecido! Son casi tan altos
como los sueños que en su juventud
solían desvelarlo dulcemente.
¡A contar! ¡A contar! —exclama el padre.
(Los grandes siempre vuelven a ser niños).
Y los hijos se apoyan contra el muro,
hunden la frente entre los brazos. Cuentan.
Y mientras cuentan —once, doce, trece...—
el padre se va haciendo pequeñito.
Cuando terminan de contar lo buscan.
Lo buscan pero el padre no aparece.
Se ha escondido debajo de la tierra.

TEORÍA DE LA RELATIVIDAD (A.E.)

Mirado desde atrás parece Dios.
Su blanca, alborotada cabellera,
va de un extremo al otro
de la noche que imita una pizarra.
Cielo rectangular donde dibuja
la ecuación algebraica del misterio.

De su tiza los signos y los números
crecen y se procrean –multiplican–
o se separan con dolor –dividen–
para unirse, quizá, en el infinito.
Luego se asoma al cero de la nada
y de su pozo extrae constelaciones
de ignotas “x” y encendidos múltiplos.

¿Oír la melodía
que embelleció la noche de Pitágoras?

Embriagado de amor, el viejecito
sigue de espaldas conjurando el caos,
aboliendo el azar con el exacto
rigor y la metáfora del número.
Pero llega al final y se detiene.
Exhausto y tembloroso, mira ahora
la pizarra nocturna, el arduo espacio
donde atisbó su alma lo Absoluto.

Después se vuelve hacia nosotros.
Vemos manchas de polvo cósmico en su traje
y una estrella apagada entre los dedos.
Pero de frente no parece Dios.
Sus ojos tristes
son demasiado humanos.

LOS AROMAS

Acaso más que los colores y la música,
que las palabras del poema,
los aromas alumbran el profundo
corazón del misterio, son el hálito
más dulce de la gracia. Voluptuosos
racimos de glicinas, azahares,
el jazmín niño y la opulenta rosa,
beben los jugos de la tierra y alzan
en sus copas la alquimia
para que los humanos se consuelen
de no encontrar a Dios, de no ser ángeles
en la inmortalidad de la Belleza.
Voces que exhalan o modulan

la síntesis aérea del milagro.
Nardo sensual, sutil dama de noche,
el humilde junquillo y la retama.
Yo era un niño y cruzaba entre perfumes
el país del asombro. Todavía
me es dado regresar cuando aproximo
a mi rostro unos pétalos balsámicos
y el alma, venturosa, se aligera
y en un temblor parece evaporarse.

Pura embriaguez del éxtasis. Aromas.

KADDISH POR UN ZAPATO ROTO

*Entre los testimonios del Museo del Holocausto en
Jerusalén puede verse un pequeño zapato –recogido
en un campo de concentración– que debió de
pertenecer a un niño de 6 ó 7 años.*

Desde este lado te contemplo.
En tu inocencia, pequeñito náufrago,
el horror y la muerte me hacen señas.
¿Quién te calzó? ¿Dónde tu hermano roto?
Todavía en las grietas de tu cuero
las costras del escarnio, las partículas
del humo y el hollín del crematorio.
Fuiste de un niño, dabas leves pasos
por la vida, quizás hayas pisado
la blandura del césped en los parques,
la rayuela que lleva al Paraíso.
Hasta que un día sostuviste
el temblor de unas piernas esmirriadas,
las de aquel niño frente al ojo oscuro
de un arma y el aullido del soldado.
Luego el vagón, el hambre, los hedores,
las ropas con el número y la estrella,
la servidumbre menos oprobiosa
que la desamparada soledad
con los piojos por únicos parientes.
Ahora estás allí, breve memoria
de una atroz pesadilla. Te contemplo
lejos del tiempo y de las lágrimas,
en tu inocencia, náufrago.

Y quisiera ponerme de rodillas
y pedirte perdón por estar vivo,
porque en unos instantes saldré al mundo
del sol y de los árboles, y acaso
encuentre a un niño en mi camino,
un niño rubio y sonriente,
con los zapatos nuevos.

EL VASO DE AGUA

Cuando me acuesto, desde que era niño,
pongo a mi lado un vaso de agua.
Al apagar la luz, si lo contemplo
brillar en la penumbra, me imagino
que el agua es otro nombre de mi madre
y estoy seguro de que, ya dormido,
alumbrará el acuario de mis sueños.
Sombra, misterio, música nocturna
que bebo a lentos sorbos o me bebe.
¿Eres tú quien me sueña en ese extraño
país donde algún día nos veremos?
¿Dormir es un ensayo de la muerte?
Por las mañanas, cuando me recuerdo,
muchas veces el vaso está vacío.
Y vuelvo, desganado, a la rutina
de calles y de rostros, mientras llega
la oscuridad, el rito silencioso
de llenar nuevamente el vaso de agua
para ponerlo al lado de mis sueños
y saber que allí estás, que me proteges,
que hay algo puro en medio de la noche.